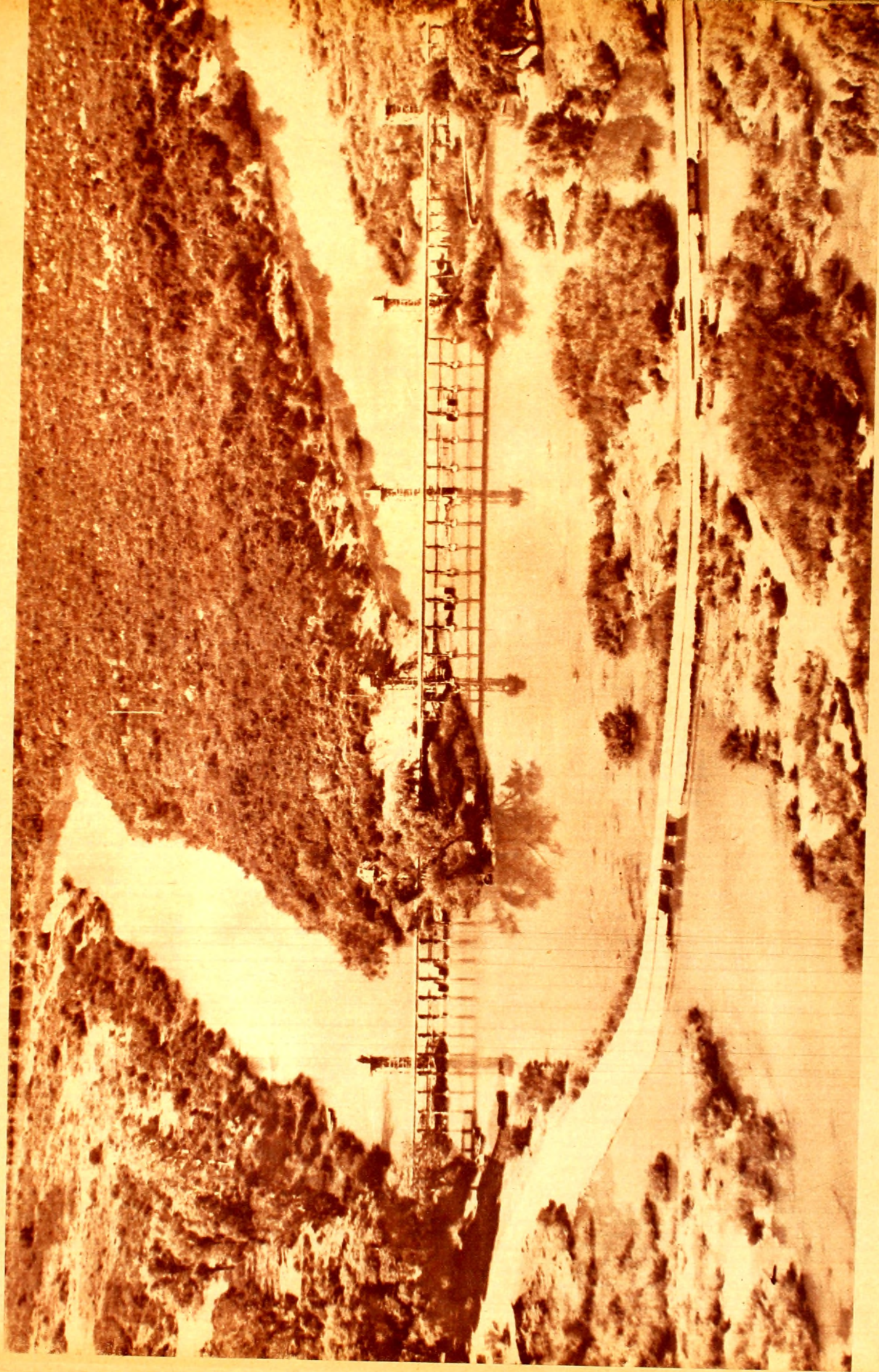


Año XXXVII — N° 1811

Montevideo, enero 21 de 1968

EL DIA

Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1937



VISTA PARA EL PROGRESO FRONTERIZO. — Vista aérea del puente internacional sobre el río Cuareim, en construcción, que unirá desde el próximo mes de marzo a las ciudades de Artigas y Quaraí. Su longitud es de 750 metros y su ancho de 12. (Foto del Archivo de Aníbal Barrios Pintos.)

EN las postrimerías del siglo pasado el país se reponía de las dificultades y penurias financieras que había heredado del gobierno absolutista. La situación de los bienes públicos no era, sin embargo, propicia a mejores soluciones. Los "gobernantes civilistas" que sucedieron a los déspotas, no estaban exentos de culpa alentados por su ambición de conquistar y mantener el poder. Eran, al mismo tiempo, "electores y gobernantes" a quienes Melián Lafinur definió con este pensamiento: "El Presidente de la República por más honorable que sea, no puede perder las elecciones para perder al mismo tiempo su partido, cuando sabe que el partido adverso, una vez adueñado del poder, desarrollará las mismas mañas que critica en el llano, es decir, sería elector y nombraría sucesor..."

La "influencia directriz", símbolo que caracterizó los últimos años del 1800, impedía solucionar las inquietudes públicas y aplacar el desconformismo que se manifestaba en las agremiaciones obreras que respondían, por entonces, a orientaciones del tipo anárquico sindicalista.

No era de extrañar que al finalizar el siglo y en los comienzos del actual, los gobernantes se vieran obligados a enfrentar las primeras reivindicaciones de las clases trabajadoras.

"Trabajamos de 18 a 21 horas por día con pequeños intervalos de 28 a 34 minutos para almorzar y comer...", decían los obreros tranviarios al Presidente Cuestas en 1901. "...ganamos de veintiocho a treinta y seis pesos mensuales...", situación angustiante que las empresas negaron sin percibirse que, en sus descargos, confirmaban la justicia del reclamo: "Pocos son los casos, dijeron, en que el trabajo o actividad de guardas y cocheros excede de diez a doce horas diarias y pocos los sueldos que bajan de treinta pesos..."

La energía eléctrica, nueva forma de progreso

Ese era el clima que imperaba en los ambientes obreros cuando otros sistemas de trabajo se adoptaban en los países orientados por el progreso científico.

Entre nosotros hubieron hombres de empresa atraídos por las nuevas técnicas, entre los cuales es justo recordar a don Marcelino Díaz y García, pionero en el uso de la energía eléctrica. A su gestión se debe que, en Montevideo, antes que en otros países de técnica avanzada, se instalara una usina para generar electricidad destinada al alumbrado público que bien pronto desplazó al gas utilizado en las calles centrales.

Esta iniciativa culminó el 2 de setiembre de 1889, día en que se procedió a la inauguración oficial del nuevo sistema de alumbrado. Las pruebas definitivas se habían realizado el 25 de agosto de ese año como acto conmemorativo de la magna fecha.

En el Suplemento Dominical de EL DIA de 23 de mayo de 1965 nos hemos ocupado de este acontecimiento que dio lugar a una brillante ceremonia durante la cual hicieron uso de la palabra diversos oradores. Entre ellos el doctor Carlos M^º de Pena, Presidente de la Junta Económico Administrativa. Refiriéndose a Díaz y García dijo entre otras cosas: "...después de tantos sacrificios, ensayos y tentativas durante cinco años, buscando siempre las máquinas más perfeccionadas y los últimos adelantos levantó esta usina, que es todo un monumento para perpetuar su nombre, de hoy en adelante incorporado para siempre en las conquistas de nuestro progreso científico y en la historia de las mejoras que más contribuirán al embellecimiento, seguridad y ensanche de la ciudad de Montevideo..."; "...quería aprovechar esta fiesta para demostrar que Montevideo no queda rezagado en materia de progresos urbanos, inmediatamente asimilables: y quería decir también que la energía eléctrica está operando una gran revolución industrial y económica..."

La electrificación de los tranvías

Esas mismas inquietudes se extendieron pocos años más tarde a otras manifestaciones del progreso capitalino, particularizado esta vez en un movimiento popular favorable a la electrificación de los tranvías.

Los conceptos que nueve años antes había expresado el doctor de Pena se podrían hacer extensivos a esa inquietud, por cuanto ocurrió con los tranvías lo que sucede toda vez que se trata de aplicar las nuevas técnicas.

La iniciativa debió vencer la oposición tenaz de quienes deseaban mantener el sistema de tracción a sangre. Las crónicas de la época dicen que la lucha se generalizó y se extendió primero, al ámbito de la Junta Económico Administrativa, más tarde al Parlamento para escollar finalmente en el Poder Ejecutivo.

Los principales argumentos que se manejaban por los partidarios de la tracción a sangre se basaban en que las empresas ganarían demasiado; que caerían en crisis las industrias vinculadas al viejo sistema; que se provocarían ingentes perjuicios a la cría de caballos; que el sistema de tracción que se preconizaba podía en cualquier momento ser reemplazado por otros más perfeccionados; que los soportes y cables al romperse podrían causar accidentes graves. En fin, que el plazo

de 75 años que solicitaban los interesados era excesivamente largo.

En cambio, entre los partidarios del nuevo sistema se destacó, por su actuación tesonera el señor Germán Colladon, representante de los tranvías del Esté, Reducto, Pocitos, Buceo y Unión, que ofreció, mediante un contrato de concesión la electrificación de esas líneas.

El señor Colladon en su escrito fechado el 30 de noviembre de 1898, decía, entre otras cosas: "...las ventajas han de tardar mucho tiempo en hacerse sentir, —se refería a los accionistas de la empresa— a causa de que el costo de la transformación exigirá el empleo de un capital considerable, no menos de un millón de pesos, y los gastos de explotación, debido a la baratura relativa de los caballos y forrajes en el país, comparado a los precios corrientes en Estados Unidos y en Europa, harán más costosa la tracción eléctrica que la de sangre".

En apoyo de su tesis agregaba:

"La introducción de la tracción eléctrica no es posible sino a condición de encontrar capitales europeos, principalmente ingleses, porque éstos se contentan con un interés muy inferior al que el dinero tiene en el país..."

Recuérdese que, tanto la empresa La Comercial como La Transatlántica pertenecían a capitales europeos. Especialmente la primera, integrada por capitales ingleses, que representaba el señor Colladon.

Las condiciones exigidas para llevar adelante la iniciativa comprendían entre otras, las siguientes, que sintetizamos: Plazo de la concesión, 75 años contados a partir de los dos años de escriturada; sistema de tracción eléctrica o, de conductores aéreos Trolley, y la facultad de establecer talleres y usinas para la fuerza motriz. Finalmente, una vez terminado el plazo de la concesión pasarían a poder del Municipio las vías y el material rodante. En cuanto a los talleres y usinas el Municipio podría adquirirlos a precio de tasación, o, en su defecto "mediante una prórroga de la concesión por 15 años".

En esta lucha de intereses entre los dos bandos resultó triunfante en el primer enfrentamiento el representante de La Comercial. La primera Concesión para la electrificación de los tranvías fue otorgada por la Junta el 12 de agosto de 1899 llevando la firma del Presidente don Antonio Montero y del secretario don Ramón V. Benzano. Posteriormente lo hicieron el doctor Claudio Williman, el ingeniero Juan Monteverde y el señor Bautista Hardoy.

La segunda batalla

Requerida, como correspondía, la anuencia legislativa para que el contrato de concesión tuviera validez, se replanteó la lucha entre los bandos opuestos. Los partidarios de la tracción a sangre argumentaron una vez más que "la electrificación no constituía un progreso indiscutible, ni en el precio del pasaje, ni en la velocidad, ni en la higiene, y que, a partir de ello, día por día se realizaban progresos en materia de tracción que obligaban a no firmar largos compromisos..."

No obstante ello, los partidarios de la tracción eléctrica obtuvieron la segunda victoria. El Parlamento, en sus dos Cámaras, aprobó en julio de 1902, el contrato celebrado entre la Junta y el señor Colladon. Pero..., y a pesar de todo, el Poder Ejecutivo ejercido por el Presidente Cuestas, vetó la ley basándose en que "los sistemas de tracción estaban en la infancia

y el plazo de setenta y cinco años era excesivamente largo".

Triunfa el sistema eléctrico

Como resultado del veto interpuesto por el Poder Ejecutivo, los partidarios de la tracción eléctrica debieron esperar una nueva oportunidad. Esta se presentó cuando asumió la Presidencia de la República don José Batlle y Ordoñez que dispuso, entre sus primeras resoluciones, el levantamiento del veto. Entre los fundamentos de la decisión se establecía: "El Poder Ejecutivo actual no insiste en ese veto y juzga, al contrario, que el cambio de tracción es un progreso que Montevideo reclama y que repercutirá eficazmente en el mejoramiento de las viviendas de la clase trabajadora, por la facilidad con que diariamente podrá trasponer las distancias que separan el centro habitual de ocupación de las localidades donde aun puede obtenerse la propiedad de la tierra con relativa baratura".

La ley fue promulgada el 24 de abril de 1903.

Entre los beneficios que la concesión otorgaba al Municipio, además de los mencionados antes, se incluía una entrega de treinta mil pesos más una cuota mensual equivalente al tres por ciento del producido bruto. Transcurridos veinticinco años de explotación ese tributo se elevaría al tres y medio por ciento.

Se inaugura el nuevo servicio

El 19 de noviembre de 1906 tuvo lugar la inauguración oficial de la primera línea con tracción eléctrica. Fue todo un acontecimiento para la población capitalina que se hizo presente a lo largo de todo el recorrido, desde el centro hasta el "Balneario de los Pocitos" ya incorporado a la ciudad. La parte oratoria estuvo a cargo del doctor Williman, entonces Ministro de Gobierno del Presidente Batlle y Ordoñez.

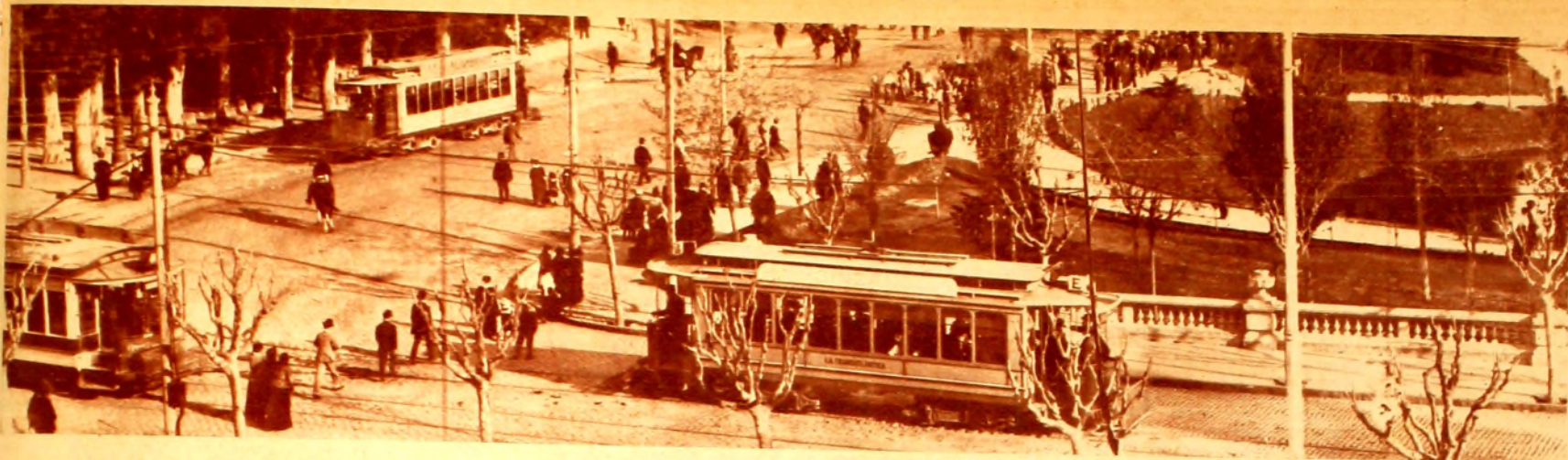
Los diarios de la época se hicieron eco del acontecimiento. El diario "El Tiempo", recordando los argumentos utilizados por los contrarios a la electrificación hacía los siguientes comentarios: "Se juzgaba que el plazo de la concesión era excesivo, como si no existiera el derecho de expropiar. Que la tracción eléctrica o simplemente el trolley, no constituía la última palabra, como si no fuera una razón contra todas las concesiones y como si no estuviera en el interés de la empresa aprovechar todos los inventos posteriores... Que podría producirse una crisis ganadera y otra agrícola por la merma en la demanda de caballos y forrajes, como si la tracción a sangre fuera su único mercado. Que no convenía estimular la diseminación de la población dada la dificultad de extender los servicios municipales, como si esa diseminación no constituyera por sí misma una ventaja considerable del punto de vista de la higiene pública y privada".

Los ciclos se suceden

Así se inició un nuevo capítulo en la historia del transporte urbano de pasajeros. El cetro que detentaba el tranvía de caballos pasó a un nuevo monarca como antes había ocurrido con la vieja diligencia.

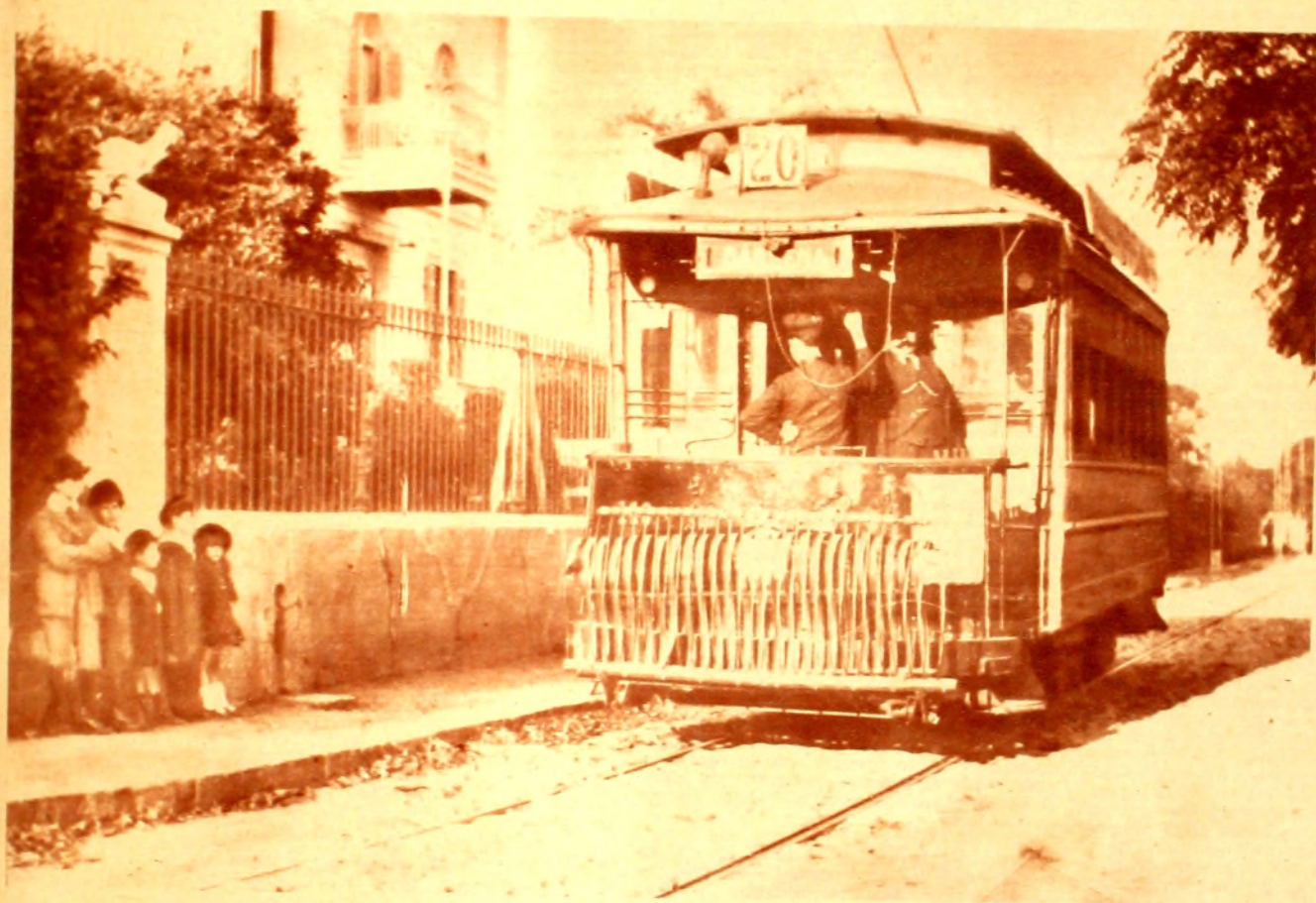
Este reinado duró cincuenta años justos. En 1955, por decisión municipal, el tranvía eléctrico cedió su lugar a otro sistema de tracción más avanzado: su majestad el ómnibus, personificado, ahora, por el autobús y por el trolley.

Ing. Ponciano S. Torrado
(Especial para EL DIA)



de los Tranvías

Medio siglo atrás el tranvía eléctrico después de superar las críticas que se le dirigían para evitar que desplazara a otros sistemas de transportes. Sus unidades llegaban a casi todos los lugares más apartados de la ciudad. En esta foto se aprecia el servicio tranviario de las dos compañías que lo prestaban en la zona del entonces Parque Urbano.



La electrificación de los tranvías era reclamada por el progreso capitalino. Era el medio que permitió superar las distancias que superaban los lugares de trabajo de las localidades donde los obreros podían comprar su terreno a precios razonables. Nótese en la foto las características del vehículo con su "salvavidas delantero" que pocas veces resultaba eficaz.

Los automóviles de 1925 en contraste con el tranvía eléctrico. Por esa época aparecían los primeros ómnibus como muestra la foto. Los recorridos se diferenciaban por letras. Esos viejos automotores poco a poco, fueron disputando al tranvía el derecho a monopolizar el servicio colectivo de pasajeros.





Mirador

LA FABULOSA GUAYANA. — Cuando el avión comienza a volar hacia Canaima se tiene la impresión de que nunca antes se ha hecho un viaje parecido. Hasta los más veteranos turistas del aire, los que en Europa o en otros lugares de América han contemplado en silencio escenarios que se tienen por maravillas de la naturaleza, aquí no pueden contenerse, se mueven de las ventanillas de la derecha a las de la izquierda, invitan a los demás a ver la última catarata que han descubierto, como si por primera vez tuviera delante de los ojos algo nunca imaginado. Se explica, porque el paisaje es más geológico que geográfico. Se parece más a ciertas fantasías de la pintura como el fondo de la Virgen de las Rocas de Vinci, o los escenarios del anticipado surrealista Jerónimo Bosch, que a la geografía universal. Todo, dentro de unas proporciones tan vastas, en una magnitud tan soberana, que acaba por parecer equilibrado.

Este no es un cañón que raje la tierra para que al fondo pase un río entre abismos, sino una gran sabana en declive, que va desde el Amazonas hasta el Orinoco, asentada sobre la roca madre más vieja de este mundo, que en cataclismos geológicos se ha descargado en muchas zonas, quedando al fondo la selva de la Vorágine, un mar de cabezas de árboles verdes, azules, amarillentos, floridos, que se apretujan como chirimoyas para quien las contemple a ojo de pájaro. De ese fondo emergen como farallones o acantilados —medievales fortalezas de Dios—, islas de flancos de piedra que se elevan a mil metros sobre la selva. Sobre esas islas no hay sino un manto de yerba verde niño. Ese color tan fresco, sobre los brazos de piedra que se levantan al cielo, es un verde náufrago que se salvó del oscuro abismo de la selva. Walt Disney encontraría en estas islas flotantes castillos fabulosos de uno de los primeros días de la creación del mundo.

El agua es aquí el primer elemento que se gana el premio de las invenciones. Forma culebras de vidrio en el fondo de la selva, y se derrama desde las altas peñas en larguissimos Tequenauamas que modestamente llaman chorros los guayaneses. Hay momentos en que desde la ventanilla del avión se ven doce, quince de estos chorros de un caudal inexplicable. El que se ha hecho más famoso es el del Angel, que hasta no hace muchos años apenas era conocido de los indios. Tiene un kilómetro de altura. Cae de un pedacito de llanura, de una mesetilla que tiene, según me dicen, veintidós kilómetros por siete, en donde no se ve un ojo de agua. Es una artesa de yerba fresca que recoge en el subsuelo agua suficiente para que, durante todos los días del año, brote la catarata como si un largo río la estuviera alimentando. La gran hazaña de los aviadores está en meterse por entre unos cañones de rocas que tienen esa altura de mil metros, penetrar en ese hall del génesis geológico y ver la catarata más alta del mundo. Sólo las avionetas gozan del privilegio de meterse por semejantes vericuetos. Nosotros volamos en una máquina demasiado grande para tamaña aventura. Nos contentamos con ver docenas de chorros que se despeñan de quinientos, de ochocientos metros, tan blancos como los que brotan de las montañas heladas en los fiordos de Noruega, donde hay esta clase de juegos hidráulicos.

Nuestro avión desciende en Canaima. Del campo de aterrizaje a las cataratas no hay sino un trayecto muy corto que se hace en jeeps antiblíos. Parte de la carretera es de agua. En Canaima, embrujada, si se trata de un ancho, caudaloso río de agua de color de miel. Este río es un hermano menor del Orinoco y del Caroní, pero mucho más ancho y profundo que cualquier Sena, Tiber, Mosela, Támesis o Danubio. Y, desde luego, más rápido. Salvaje y ruidoso. Tanta agua no puede brotar de una sola garganta, y se abre paso en unas ocho cascadas, en un vasto y anchuroso escenario, en un semicírculo teatral en que alternan los rugientes carneros gigantes de los saltos —tienen treinta metros de altura— con peñas que son nidos de árboles corpulentos. Cuando no es tan grande el caudal como en estos días de invierno, es posible meterse detrás de las cataratas por corredores de rocas en donde se aposa tranquila el agua. Ahora nos limitamos a recorrer en una canoa a motor el anchuroso río que se aplaca frente a las caídas. Eso sí, en traje de baño y con salvavidas, como lo impone la rutina de estas experiencias.

LOS DIAMANTES SON DE ESTE MUNDO. — Canaima es una trampa salvaje para cazar europeos. Entre otras cosas, porque aquí hay nidos de diamantes que están a

la orden de quien quiera convertirse en buscador de piedras preciosas. Hasta no hace muchos años este paraíso de los indios era ignorado por los blancos. Ahora que se han descubierto las cataratas, se está formando una estación de turismo con un campamento como hotel en donde nunca hay menos de una treintena de curiosos, generalmente gringos. Por vía aérea —la única posible— se llega de Caracas en un par de horas. Una especie de cow-boy de Oklahoma con dos trocitos de bigotes a lo Cantiflas, y sombrero de paja, viejo y deshecho, de manufactura indígena, que nos sale a recibir, nos cuenta cómo vino a Venezuela atraído por la ganadería del Zulia, y acabó viniéndose a Canaima. Como tiene sangre de mineros, supo de los diamantes de esta región, encontró algún nido que otros más afortunados explotaron, pero la esmeralda de los árboles, y las aguas del río lo cautivaron. No tornaría a Oklahoma por ningún oro del mundo. Además, me dice confidencialmente, sé otro nido de diamantes, que voy a explorar en el mes que viene.

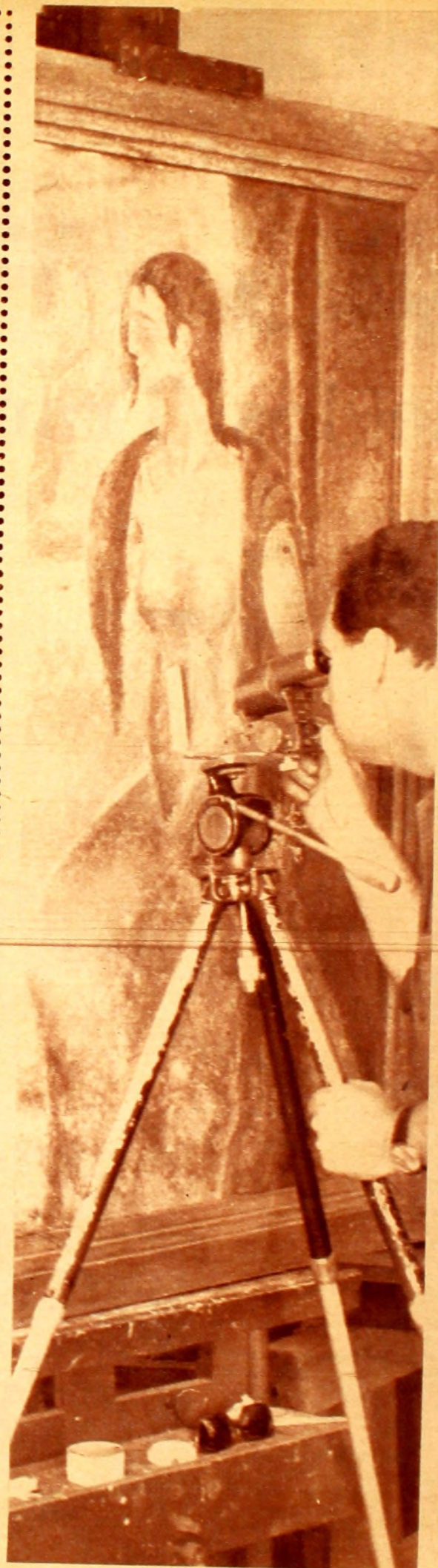
Fuera de los indios, que llegan a ofrecernos flechas y collares a la hermosa casa restaurante de Canaima, casa de techo de paja y paredes de caña, la población fija del lugar no llega a diez personas, venidas de todas partes del mundo. Un holandés concibió la idea de un campamento turístico. Llegó a Canaima entusiasmado por la historia de Jimmy Angel, el descubridor del Salto del Angel, y pudo comprobar que lo de un campamento allí era de maravilla. En efecto, entre los primeros clientes tuvo a una joven austríaca, que acabó casándose con él. Las consecuencias de esta unión son unos chiquillos deliciosos de pelo de cabuya, con ojos de aguamarina, que parecen un grupito de porcelanas dadas animadas, frente a los inditos silenciosos que ni hablan con ellos ni hablan entre sí. El hombre de la canoa que nos saca a pasear por el río es un ruso. Al ruso, a la austríaca, al holandés, les hago la misma pregunta que al gringo de Oklahoma: —Volverán a su tierra? Y todos: —Nuestra tierra es Canaima.

Los buscadores de diamantes trabajan con una máquina que nos parece no tener otro motor distinto del de la imaginación. Se van a los ríos, que han de correr por lechos empedrados de riquezas, clavan unas estacas en el lecho, sacan las rocas... y eventualmente entre las rocas están los diamantes. En esta semana —me dice la señora del Presidente— voy a ver un nido de diamantes que acaban de encontrar por acá... Quien quiera sacar diamantes en la Guayana, puede hacerlo. Los diamantes son de quien los encuentre. No hay sino una mina de filón. Lo común es encontrar nidos. Las más viejas historias de la exploración de estas tierras tienen que ver con los diamantes. Mi madre me mostraba —me dice una dama— un anillo con un pequeño diamante: fue lo primero que le regaló mi padre: era el primer diamante que había encontrado cuando vino a buscar piedras en Guayana.

Y los diamantes, ¿para qué? Hay gente humilde que los encuentra y los vende por cualquier cosa. Esa cualquier cosa la aplica a beber o jugar en la taberna. O se compra un hato en las vecindades. El buscador de piedras preciosas, cuando da con ellas, se encariña más con la tierra que con la fortuna que le cae a las manos. Como hay diamantes, hay oro. Los diamantes aparecen al azar. El oro se anuncia. Hay síntomas en la tierra que lo delatan. Un día, abriendo con las palas un camino, se sacó un trozo de oro virgen. Pesaba casi un kilo. Los obreros lo regalaron a la patrona. Desde el Caroní hasta el Brasil, hay oro y diamantes enterrados entre las rocas, en el lecho de los ríos. Como por darle gusto a Voltaire...

El pobre Voltaire, tan cándido cuando quería ser irónico y hacía pasear a su gran personaje por la Guayana —después de haberlo llevado al Paraguay— imaginó que en la Guayana estaba la república ideal de su propia Utopía. Una Guayana a donde los incas habrían llevado, para esconderlos, todos sus tesoros, y en cuya capital las calles estaban empedradas con pepitas de oro, que usaban para jugar los niños. El oro no estaba allí para alimentar la codicia de los hombres, sino como plácido goce de la naturaleza. ¡Qué lindo sería traer ahora, sacándolo de la tumba, a Voltaire, y enseñarle la nueva Guayana! Se quedaría espantado, y frotándose los ojos, diría: —¡Señor, yo soy un brujo! — (ALA)

Germán Arciniegas
(Especial para EL DIA)



El subsuelo de

CUANDO las aguas cenagosas invadieron Florencia, y sus subsuelos, poblados de estatuas y cuadros en depósito, fueron barridos, deteriorando ese mundo de arte, todos los países del mundo ofrecieron recursos para restaurar ese tesoro. Fue entonces que cobró fuerza y verdadera dimensión la labor de los restauradores.

Alemania, una de las naciones más avanzadas en métodos y ciencias para el restauración, envió sus técnicos. Así, otros países, y en forma internacional, se dio en la lucha todo el saber de los peritos para salvar de esta trágica determinación de los elementos naturales, desencadenados por quién sabe que dios, que hizo pensar que una nueva Pompeya se cernía con furor destructivo.

Sin el estrépito de esas grandes y desgraciadas circunstancias, los restauradores realizan un trabajo silencioso. Parecido al del sabio o el científico, que necesita ese milagroso don del tiempo y la soledad, para poder descifrar el enigma del mal que destruye una tela o una estatua. Sobre todo la pintura es la que más apasiona. Porque más dosificada y variable en sus aspectos técnicos, más secretos descubiertos y encubiertos por los artistas de todos los tiempos, está sujeta a un estudio que se hace casi individual, según el empleo que de los materiales haya realizado el autor del cuadro. En nuestros Museos: Nacional y Municipal, trabajan en el Taller de Restauración, jóvenes que han sido becados para estudiar a fondo la magia de la restauración. Decimos magia, porque son verdaderamente sorprendentes los resultados obtenidos por las técnicas modernas, que permite, por medio de lentes y rayos, penetrar la misma esencia vital de su contenido. Es como descubrir un poco la misma creación.

Entonces el restaurador se apasiona con su trabajo, y el deterioro en sí, pasa a segundo plano, cuando la fuerza de ese secreto se hace cercana en el descubrir. Cuando la reitelación hace el pasaje de una tela

a otra nueva, de todo un cuadro, sin que éste cambie en absoluto ninguna de sus facetas más simples. Cuando un cuadro que parece ya abandonado o totalmente deshecho por humedades, o quebrado por el calor en los aceites y barnices. El restaurador trabaja con sus nuevas experiencias aprendidas, y aplica aquel restauración que mejor convenga a la técnica del artista.

Los dos Museos más importantes de nuestro país: el Nacional de Bellas Artes y el Municipal "Juan M. Blanes", han organizado modernamente los depósitos de las obras; tanto de escultura como de pintura, para que no sufran deterioros y se conserven en la mejor forma posible. Ciertamente es que el aire acondicionado y calefacción en invierno no ha sido aún posible darle funcionamiento, pero en todo lo que está en manos de la dirección y personal, se logra el más auténtico resultado.

En espacios limpios o subsuelos, mantienen alineados o en estantes especiales, los cuadros que esperan ser restaurados o simplemente son parte del patrimonio y alternados en sala.

Ellos nos dan la pauta de que la riqueza de los Museos es mucho más de lo que se exponen en las galerías. Nuestros Museos son pequeños en relación a la obra que poseen. Sus depósitos están abarrotados y deben conformar un problema de espacio en el cual, a medida que van adquiriendo por derecho obras de los Salones Nacionales y Municipales, aumenta la silenciosa población.

Una población con raras aristas; en la cual las expresiones están fijadas por el artista. Detenidas, en su aporte de belleza, o en ese milagro del arte, que nos da la subjetividad. Pendiendo de las perchas o recostados, los cuadros sostienen el sortilegio de un momento de vida captado. De un momento que nada ni nadie podrá cambiar. Una expresión ubicada en el 1900, con las gasas lilas y el jardín de fondo. Una

especie de virgen severa como un primitivo, en la cual el restaurador aplica el potente lente, para descubrir de dónde proviene el daño, y cuál es el material y los pigmentos empleados por el pintor. Debe descubrirlos y estudiarlos; manejar las sutilezas con que el artista trabajó en el misterio la claridad real, cambiada por la inspiración. Aun cuando el oficio se sabe; cuando todos los secretos son factibles de desentrañar por esos lentes notables, siempre escapa algo, que el restaurador debe deducir...

Por otro lado, una cantidad de estatuillas se "mueven" sobre una mesa como en un pequeño escenario. Las han colocado allí para el restauración, y ellas solas han conformado una escena de magnífica vivencia plástica.

En los sótanos se corre por galerías con arcadas, desde las que se descubren nuevas facetas de este mundo silencioso y colorido. Que habla por la música, llamada del tono y por la blanca o patinada riqueza del yeso y el bronce.

Cuadros históricos. Hermosos paisajes de nuestra tierra, o de los envíos de Europa por los becados uruguayos. Cantidad de temas y motivos dan la visión de una verdad del tiempo pasado y del tiempo de hoy.

Documentación que gravita en la cultura de un país, y que debe cuidársela.

Para ello es menester mejorar más el trabajo de estos artesanos y restauradores. Facilitarles la tarea con útiles y materiales más modernos. Al alcance de la época. Si con talleres primitivos, casi, durante tanto tiempo se han estado salvando de la destrucción obras de subido valor por restauradores nacionales, cuánto más se aseguraría esta salvación con las nuevas fórmulas con potentes lentes y elementos necesarios para el momento y para el futuro.

E. VERNAZZA
(Especial para EL DIA)



los museos y el milagro de la restauración



Lucerna, la bella ciudad
suiza, donde se realizó
el Festival de
Música que concedió
la palma, por
unanimidad, a
Dinorah Varsi.

Dinorah Varsi o el Triunfo de una Pianista Uruguaya



LLEGANDO a la maravillosa ciudad suiza de Lucerna un sinnúmero de amigos y oyentes de mi conferencia me felicitan sabiendo que vivo en el Uruguay: el gran acontecimiento artístico del año en esa urbe que alberga a uno de los mayores festivales musicales del mundo y un concurso pianístico de los más cotizados, fue la actuación de una joven pianista uruguaya, Dinorah Varsi. Frente a calificada competencia internacional ganó, por unanimidad del jurado compuesto por figuras de gran fama, el primer premio. Y rubricó esta victoria con la actuación como solista, en uno de los conciertos sinfónicos del Festival al cual acuden, año tras año, decenas de miles de melómanos de todas partes del mundo.

La historia de la ciudad de Lucerna es antiquísima y venerable. También su historia artística es notable. Aquí terminó Ricardo Wagner la composición de su obra más profunda y emocionante: "Tristán e Isolda"; a pocos pasos de aquí vivió ese maestro su segundo exilio, de muchos años, su definitiva unión con Cósima, hija de Liszt, y el nacimiento de su hijo Sigfrido. Y en Lucerna fundó, en 1938, Arturo Toscanini el Festival de Música que según su deseo debía oponerse al de Salzburgo que en aquel año funesto había caído bajo la bota del invasor nazi.

Hojeo la prensa suiza que está llena de elogios para mi "compatriota" — como aquí me dicen lo que saben de mi amor por el Uruguay — y deseo transcribir algunos de los párrafos más significativos para que también en Montevideo tomen nota de este triunfo que debería enorgullecer a la pequeña República en la desembocadura del Plata del cual ahora estoy tan lejos. Durante el concurso los diarios más importantes publicaron notas sobre los antecedentes de los pianistas que ya franqueadas las pruebas preliminares entraron en las ruedas finales. De Dinorah Varsi saben que nació el 15 de noviembre de 1939 en Montevideo, capital del Uruguay; que con cuatro años empezó a estudiar el piano, con ocho dio sus primeros conciertos; que a los 20 ganó un concurso en Buenos Aires, en 1961 fue segunda en el más difícil de todos los concursos, el de Ginebra. Un año después venció en Barcelona, 1964 en una ardua competencia en Londres, etc.

Con ella compiten por el único premio que en

♦ Isolina nació y se crió en aquella estancia del este. Su madre, sirvienta allí, murió joven; su padre, peón, se fue un día y no volvió más. De niña soportó la inclemencia de los patrones. Se hizo moza, luego mujer madura. Seria, callada y sufrida, profunda conocedora de la vida íntima de aquel hogar, llegó a ser criada de confianza y, por fin, una especie de ama de llaves de la casona. Ahora tenía cuarenta y cinco años. Alta, tiesa, de ojos siempre fijos, inexpresivo el gesto. Adolescente la servidumbre le clavó el mote de Juan Grande — ave zancuda que sobre una pata luce su inmovilidad sobre el bañado —; ya mujer hecha el mote se hizo más respetuoso: fue ña Juan Grande. Para ella tal cosa, como el despotismo de los amos, la tiranía del único hijo de éstos, y las hirientes ironías de los demás, pasaban como si no existieran. Fallecidos los amos, el heredero — con veintiséis años de edad — contrajo matrimonio. Allí llegó una tarde en el lujoso breque de la estancia con ella, la esposa, joven y agraciada. La vida siguió su curso. Vino el primer hijo, varón, y el segundo, mujer. Cuando esto ya el hombre había vuelto a sus hábitos de nacido en casa rica, consentido, pésimamente educado, hábitos que en los meses de luna de miel supo esconder. Volvió a ser el de siempre: brutal con los peones y con las sirvientas, hasta que comenzó a herir el pundonor y la condición de su mujer y atormentar a sus pequeños hijos. Faltaba largos espacios de tiempo de su casa; muchas veces llegaba con el signo de orgías en todo él: borracheras, timbas, burdeles, allá en el pueblo. Y allí en el hogar, días de sombrío callar o de estridente violencia. Y la joven sufría y los niños se movían temerosos en tanto los días se alargaban aplastados por una trágica tristeza.

Cierta mañana, a punto de partir al campo él, se dio una escena de tenso dramatismo. La joven señora se vio tratada con dureza primero, y agraviada soezmente después. Los niños rompieron a llorar. Isolina se plantó frente a él, diciéndole:

—¡Basta, niño Martín, no sea tan desalmado! Entonces él, con la lonja de su talero le cruzó el rostro. Fue un impacto terrible. Vaciló Isolina, luego

siguió inmóvil. La señora lanzó un grito tan sonoro como el castigo que sufrió la criada. El hombre desapareció. Sobre una silla se desplomó la estanciera en una explosión de sollozos. Isolina se le acercó. Y le habló amorosamente:

—Serénese, patroncita, no ha sido nada.

Ella se irguió transfigurada. Y cuando sus ojos se fijaron en el rostro de Isolina, ya terriblemente destigurado, desaparecido un ojo bajo la hinchazón que crecía enrojeciéndose, monstruoso en fin, tuvo una crisis de carcajadas histéricas en las que vibraban el horror y el dolor... hasta que se desplomó desvanecida.

Al día siguiente, como todos, Isolina entró al dormitorio de los amos llevando el desayuno para ella. Un gran pañuelo cubría la parte herida de su rostro.

—¿Cómo está, Isolina?

—Bien. Unos trapos empapaos en un cocimiento de malva y yerba de la piedra... mañana ya estoy nueva.

—Pero, Isolina...

—No se aflija, patroncita, dende gurisa ando en este son. Los de antes eran iguales al de hoy. Su marido, como cuasi todos los hombres, tiene un yaguareté y un perro en la entraña. Y si es más yaguareté que perro la culpa es de los que lo criaron. Pero yo le hago falta en la casa, como don Tadeo, el capataz, en el campo. Conmigo, de chica, judiaba; después que dentro a ser dueño me respetó... hasta el lonjazo de ayer. Son cosas, patroncita. Me crié en esta casa, sin padre y sin madre, y a fuerza de penar, y estirarme, quedé en ella como tiento metido en el lazo. Después caí en la soltería... ya no salgo más de aquí. Lo único que a veces me desveló noche a noche jué el no tener un hijo... pero usted cayó aquí como llovida del cielo y en los suyos tengo los míos.

Aquí, el entrañable amor que Isolina sentía por los hijos de la patrona quebró su voz, que tornó a recobrar la mansedumbre y dulzura de siempre cuando expresó:

—Don Tadeo me dijo que el patrón, después del bochinche de ayer, mandó ensillar caballo y se jué al pueblo...



Lucerna se da (mientras otros concursos suelen dar premios y diplomas a granel); el norteamericano John Owings, la húngara Susana Sirokay y el suizo Michael Studer, todos ellos con honrosos antecedentes. En los finales, Dinorah Varsi interpreta Schumann, Brahms y Beethoven. Los críticos están llenos de elogios, hallan "un bello equilibrio entre la poesía y la disciplina, entre la entrega y el control, "admiran" su honda comprensión de ese mundo romántico tan típicamente germano" representado por los tres autores mencionados. El primer puesto va no sorprende; sin reservas la prensa local destaca el merecimiento de la elección.

El presidente del Concurso pronunció este discurso: "Estimados amigos y conocedores de la música: en esta hora estelar de la vida de Dinorah Varsi he de decir en nombre de la organización del Concurso, con mucha emoción unas palabras. El jurado concedió la palma con unanimidad a Dinorah Varsi. Con el vigor, la belleza y el sentimiento íntimo de sus interpretaciones abrió el portón hacia la fama mundial. Sin vanidad alguna lo traspasó quedando fiel a sí misma. Nos congratulamos de haber concedido el premio a una artista tan talentosa y una persona de tanto valor".

Pocos días después, el público rindió homenaje a la pianista uruguaya cuando ésta actuó de solista en uno de los conciertos sinfónicos del Festival. La dirección había sido confiada a un igualmente joven director de orquesta, suizo de origen y camino hacia la celebridad: Charles Dutoit. Según atestiguan los cronistas, su común interpretación del concierto en fa menor de Chopin fue impecable. Más aún: hablan de finísimo gusto, de heroicos impulsos, de delicada poesía, y de un virtuosismo pianístico de suprema categoría.

El concurso lleva un nombre que he de explicar brevemente a los uruguayos: el de Clara Haskill. Esa insigne pianista, rumana de origen y radicada durante decenios en Suiza (donde falleció hace unos años) fue la modestia en persona. Estigmatizada por un físico sumamente antiestético su cara se iluminó cuando tocaba el piano, muy en especial a Mozart. Todo su ser se transformó de manera maravillosa y nadie de quien la haya escuchado la olvidará nunca. Sólo después de mucha insistencia de las autoridades consintió que el concurso pianístico de Lucerna llevase su nombre... pero recién después de su muerte.

Clara Haskill fue más que una pianista, fue un símbolo viviente: del triunfo del espíritu sobre el cuerpo y la materia. Baja, deforme, insignificante se transformó en un bello, emocionante, arrebatador ejemplo de arte supremo. Mensajera del más puro espíritu de la música.

Kurt Pahlen
(Especial para EL DÍA)

Una semana después, sobre el mediodía, llegó el hombre. Se apeó chorreando sudor, destellando extraña luz los ojos. Fue a la mesa, pidió de comer. Lo sirvió Isolina. Bebió con frenesí, luego entró en su cuarto y se tendió en la cama. Poco después los pequeños comenzaron a retozar en el comedor, luego del almuerzo. A pesar que la madre les pidió silencio la bulla siguió. Entonces apareció él, destilando, gritando:

—¡Déjenme sestear, bandidos!

Y el botellón de agua que llevaba salió disparado hacia las criaturas. Pegó contra el borde de la mesa y una de las astillas del cristal cortó la frente de la niña. Leve fue la herida; pero Isolina, que allí estaba, al ver cubierto de copiosa sangre el rostro de la niña emitió un grito terrible, casi un rugido. Corrió a su pieza y salió de ella portando un revólver. En el dormitorio del estanciero sonó un disparo. Cuando la esposa quiso trasponer la puerta Isolina le cortó el paso.

—No entre, patroncita, váyase lejos con los niños.

Y a don Tadeo que en ese momento aparecía:

—Haga llamar la autoridad, don Tadeo.

De tardecita apareció el comisario —conocedor a fondo del viejo problema de aquel hogar. El, la joven estanciera, Isolina y don Tadeo contemplaron el cadáver. Isolina, velada la voz, habló:

—No había otra cosa que hacer. Lo único pal perro rabioso es veneno o bala. Estoy a la orden, comisario.

El comisario se concentró un instante. Luego dijo:

—Se le escapó un tiro al hombre, tuvo la desgracia de matarse...

*

Andando el tiempo la criada dejó de ser ña Juan Grande, ahora era doña Isolina, que sirvientas y peones pronunciaban con grave apego. A pesar de eso ella no perdió la honda serenidad de sus ojos y la suave mansedumbre de sus palabras.

José Monegal
(Especial para EL DÍA)
(Dibujo del autor)

Isolina



José MONEGAL

El río Elsa nace en las Colinas Metalíferas a unos quince kilómetros al suroeste de la ciudad de Siena, corre hacia el norte por un valle muy hermoso al cual se le da el nombre de Val d'Elsa, baña las estribaciones occidentales de las colinas del Chianti, y después de un curso de sesenta kilómetros mezcla sus aguas con las del Arno.

Una carretera, al seguir el Valle del Elsa en casi todo su recorrido para unirse en Ponte d'Elsa con la Strada Statale N° 67 que une Florencia con Pisa, pasa por una pequeña ciudad que se llama Certaldo, "famosa en todo el mundo" — escribe Boccaccio — por la coltivazione delle cipolle (por el cultivo de las cebollas).

Esto, naturalmente, está dicho en broma; la verdad es que Certaldo es una ciudad tan bella y graciosa que Boccaccio la llamaba "su patria", según se lee en el epitafio que escribió en latín para su sepulcro. Está situada parte sobre una pequeña colina y parte en la ladera; la zona alta que está sobre la colina, con su almenado Palazzo Pretorio y su iglesia de San Michele e Iacopo, es la zona medioeval; la que está en la ladera es la más moderna. La barbarie de la última guerra destruyó la casa de Giovanni Boccaccio sita en la parte alta; ella fue reconstruida como era y donde estaba, del mismo modo y con la misma celeridad como fueron reconstruidos todos los innumerables monumentos que recuerdan las antiguas glorias.

Una de estas antiguas glorias es precisamente Giovanni Boccaccio que con Dante y Petrarca forma la triada de los genios con los cuales culminaron las Letras doscientos años antes que culminaran las Artes plásticas.

Y es curioso observar que esa culminación de las Letras se produjo en Italia casi contemporáneamente al tardío nacimiento del idioma; tardó porque mientras en los siglos X y XI ya florecían las Literaturas española, provenzal y francesa, en Italia fue necesario esperar hasta mediados del siglo XIII para que apa-

novela — el *Filocolo* — y otra más breve que titula *Fiammette*, nombre bajo el cual se esconde el de la princesa María, inspiradora de Boccaccio como Beatriz lo había sido de Dante y Laura de Petrarca.

En el año 1340, llamado por el padre, debe abandonar su dulce amada, la sonriente Nápoles, las alegres reuniones de la corte y las doctas lecciones de los sabios para comenzar un continuo peregrinar por la Emilia, por la Toscana, después de nuevo a Nápoles donde la princesa María no existe más; vuelve a Florencia, de allí a Aviñón a Padua y, por último, a Venecia, invitado por Francesco Petrarca, el gran poeta que allí reside.

Acosado siempre por la pobreza desde la muerte del padre — que dejó como única herencia la casa de Certaldo — y celoso de su dignidad, rehúsa aceptar la ayuda que generosamente le ofrecen Petrarca y otros admiradores de sus virtudes.

Recién en 1373, ya anciano de sesenta años, puede obtener un cargo fijo y remunerado: la "Signoria" de Florencia lo nombra Público Expositor de la Divina Comedia con el sueldo anual de cien florines — unos veinte mil pesos de nuestra actual moneda.

Pero por muy poco tiempo puede ocupar este cargo, porque después de comentar dieciséis Cantos del *Infierno* y escribir la *Vita di Dante*, su estado de salud no le permite continuar; se retira entonces en su casa de Certaldo y allí se extingue en el año 1375 la vida laboriosa y accidentada de Giovanni Boccaccio.

Vida laboriosa porque mientras el destino lo conducía de un lado a otro de Italia, escribía — además del *Filocolo* y *Fiammetta* — dos poemas: la *Teseide* y el *Filóstrato* en los cuales el amor es representado en sus alternativas de felicidad y de dolor; copiaba toda la Divina Comedia en sus catorce mil doscientos treinta y dos versos y la enviaba a Petrarca para "infundirle el amor hacia el Divino Poeta"; escribía un poema lírico en cincuenta Cantos: la *Amorosa Visione*, y otro poema más breve: *Ninfale Fiesolano* sobre los amores de un pastor y una ninfa; además, otra novela en una feliz unión de prosa y verso, el *Ameto*, que doscientos años después sirvió de modelo a Bembo y a Sannazaro; *De Classibus Mulieribus* y una cantidad de epigramas en latín; el *Corbaccio*, las *Rimas de Amor*, la *Biografía de Petrarca* y su obra cumbre, el *Decamerón* que deja en la sombra todas las otras y basta por sí sola para la gloria de Boccaccio.

Como es sabido, el *Decamerón* es un conjunto de cien novelas — cien, como los Cantos de la Divina Comedia — narradas en diez días consecutivos por diez jóvenes, siete damas y tres caballeros, retirados en una casa de campo cerca de Florencia para huir de la peste que en el año 1348 asolaba aquella ciudad. Cada día uno de ellos narra una novela relativa a un argumento establecido por el que durante ese día preside la reunión con el título de rey o reina.

La obra comienza con la descripción de la peste de Florencia — descripción grave y solemne que los eruditos alaban comparándola con las de Tucídides y Lucrecio — y termina en la última novela con la suave figura de Griselda, el tipo de mujer bella y honesta cuya historia emotiva agradó tanto que Petrarca la tradujo al latín como para darle el bautismo literario.

Y entre aquel principio de horror y ese delicado final, por las cien novelas, alternándose lo cómico y lo trágico, pasan todos los tipos de la humanidad: buenos y malos, felices e infelices, astutos y tontos, religiosos y laicos, doctos e ignorantes, reyes, príncipes, campesinos, artesanos que rezan y maldicen, comerciantes que adquieren bienes y que los pierden; y todos ellos sobre escenarios que cambian continuamente: bosques deliciosos, trinar de pájaros y mares tempestuosos, selvas impenetrables y arroyuelos murmurantes, ciudades famosas y villorrios perdidos entre las montañas, nobles castillos y chozas aldeanas, grutas sombrías y jardines floridos.

Se comprende que entre la enorme cantidad de escenarios y de personajes cada lector encuentra y se detiene en lo que está más de acuerdo con su temperamento, sus anhelos y su idiosincrasia. Por eso De Musset escribía en *Sylvie* que "leyendo a Boccaccio, La Fontaine reía y Shakespeare lloraba".

Dante y Petrarca usaron el idioma italiano; Boccaccio usa el gracioso dialecto florentino modelado por su erudición en forma magistral, y cumple así la gran obra de establecer la prosa como Dante y Petrarca habían establecido la poesía.

La prosa de Boccaccio servirá de modelo más tarde no sólo a los más insignes escritores italianos del *Cinquecento*, sino a grandes escritores de otras naciones y de otras épocas; en Boccaccio se inspiraron, entre otros, Lope de Vega y Geoffrey Chaucer — el creador de la prosa literaria inglesa —, Molière y La Fontaine, Hans Sachs y Shakespeare.

Porque Boccaccio es universal; y precisamente por su universalidad el *Decamerón* es la única obra comparable con la *Comedia* de Dante, ya que si ésta es la *Comedia Divina*, el *Decamerón* es la viva y eterna *Comedia Humana*.

Ing. Enrique Chiancone

(Especial para EL DIA)

Boccaccio

reciera en Sicilia la primera poesía en idioma italiano. La había escrito Ciuilo d'Alcamo para la mujer amada, y su estilo, seguido por otros poetas, fue llamado por Dante "siciliano" mientras llamó "*dolce stil nuovo*" al que floreció durante la generación siguiente en la Emilia y durante el siglo XIV en la Toscana.

La Toscana era entonces tierra de libertades comunales, de poetas y de mercaderes, tanto que un cronista de aquella época, Giorgio Dati, escribía que "quien en Florencia no es mercader, y no haya recorrido el mundo para volver a su patria con haberes, no es considerado".

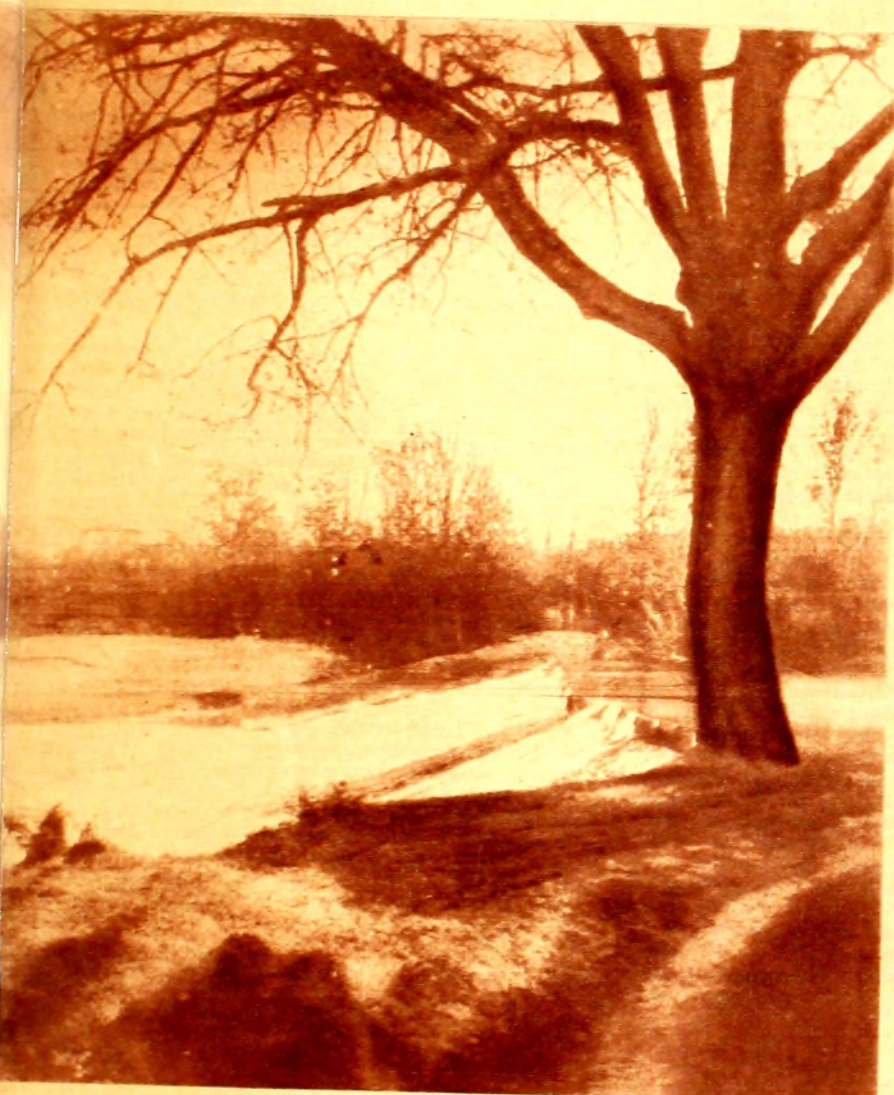
Boccaccio da Chellino era un mercader toscano que había partido de Certaldo, su ciudad natal, y después de recorrer el mundo había vuelto a la patria con haberes. En París se enamoró de una joven noble cuyo apellido no se conoce con exactitud y cuyo nombre era Jeanne; fruto de este amor fue un niño, nacido en el año 1313, al cual se le puso el nombre de la madre: Giovanni, y que llevó como apellido el nombre de su progenitor, Boccaccio.

Encaminado por el padre en el comercio, Giovanni lo acompaña en todos los viajes que emprende y que los negocios reclaman; por eso en el año 1330 lo encontramos en Nápoles donde entre los encantos de la naturaleza, la magnificencia del arte y la luz de la ciencia que emana de la Universidad y de la corte del rey Roberto, su intelecto se abre a la admiración de la belleza.

Diez años permanece en Nápoles, y en ese lapso deja el comercio por los estudios de Jurisprudencia; pero la impresión que le causa una visita a la tumba de Virgilio le impulsa a dejar la Jurisprudencia para dedicarse plenamente a la Poesía y a la Ciencia, para cuyos estudios encuentra dignos maestros en Paolo Perugino, Andalone del Negro y Paolo Geometa. Al mismo tiempo frecuenta la corte del rey Roberto donde los toscanos son muy bien recibidos, y allí se enamora de la princesa María, la blonda y hermosa hija del rey, amor correspondido tan ampliamente que Boccaccio lo eternizará en dos de sus obras: una larga



Certaldo, la "patria" de Boccaccio



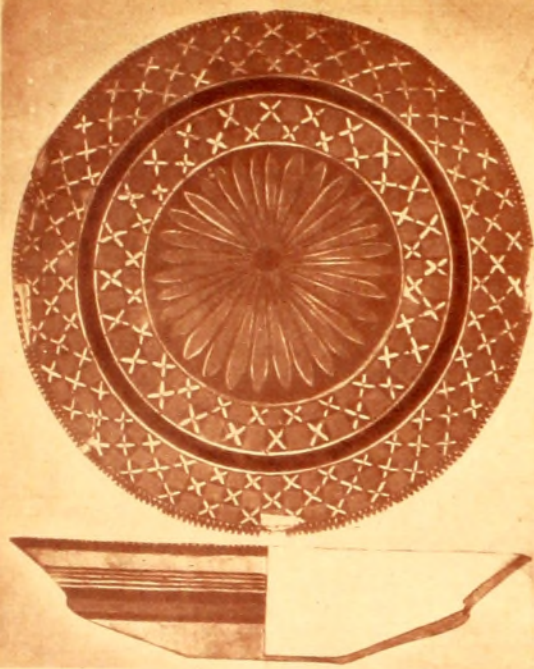
Giovanni
Boccaccio
(1313-1375). De
una antigua
estampa.



Retrato de la
Princesa María
(Pintor anónimo
del siglo XIV).



La casa de Boccaccio en Certaldo



Plato policromo reconstruido típico de la cultura halafiana.



Pote en cerámica de Nichapur, arte musulmán; período abasside.

VUELVE a importar la cerámica. Proliferan los talleres y los realizadores individuales; las gentes adquieren con placer objetos de barro cocido y decorado; los incorporan al ajuar doméstico, los ubican como elementos de adorno; los cuidan y destacan. Naturalmente, integra otra vez — y de muy diversas maneras —, la ornamentación de paramentos arquitectónicos.

Y esta vuelta del interés en hacer y obtener tales productos tiene muy diversas facetas. Pues se mantiene, es natural, el coleccionista exquisito; ese que sabe diferenciar calidades y procedencias; tipicidad, rareza; valores que están más allá de las posibilidades reales del común de las gentes. Pero tanto la producción como el gusto se extienden en varios niveles. Y si fue corriente, un tiempo, la adquisición del potiche o el bibelote imitativo y de tan torpe factura como pobre en calidad, por imitación abaratada, ahora ocurre que también va depurándose el gusto. No se requiere, por cierto, ser coleccionista ni conocedor; la orientación plástica del diseño, la validez cromática y formal de los objetos han llegado a niveles dignos; y sin esfuerzo, por frecuentación normal, va haciéndose la selección correcta; el ser cualquiera tiene su grado de exigencia y difícilmente cae en los yerros que antes lo disminuían al elegir.

La situación es, por lo menos, extraña. Porque acontece como una de las facetas del real, efectivo, resurgimiento y afirmación de la artesanía. ¿Artesanía? ¿Por qué? ¿No estamos, acaso, en franca etapa de industrialización? ¿No se ha dominado la realización en serie? ¿No se ha desprestigiado convenientemente el ornamento gratuito, la pequeñez lujosa, la excelencia de la unicidad? Sobre los fundamentos de esto que acabo de decir, nadie puede discutir razones o destacar dislates. Es un hecho cierto. La utilidad y el buen sentido de la economía privan en la elección y en el uso. La cultura depurada renuncia al ornamento gratuito; y el utilaje importa por el buen diseño, por la aplicación cotidiana, efectiva. No trincho la carne sobre un plato con pintura de ninfas ni puedo entender que alguna vasija, cualquiera por más hermosa que sea, merezca el torpe emplazamiento de la pared; como un cuadro.

Pero si todo ello resulta justo, también he de reconocer que existe una clara adhesión incondicional al artesanado; la vuelta al trabajo manual. Como si se tratara — ¿por qué no? — de una medida inteligente y sensible para destacar al individuo como ser, con su condición de tal, en una organización que tiende a la masificación y a la standarización. El artesano busca diversificar; todos quieren lo singular por diferencia. Y vuelven las artesanías, los objetos selectos. Repito: es un hecho incontestable. Pero no existe, en general, preocupación por distinguir en calidades exquisitas, por lograr algo absolutamente distinto ni dar noticia clara, eficiente, del dominio técnico. Pocos distinguen engobe de vidriado y hasta hay quienes ignoran qué aparta la alfarería de la loza o de la porcelana. Lo que ocurre, de cierto, es que se empieza a trabajar con el barro desde muy pronto; y que fácilmente se encuentra una estupenda fuente de realizaciones y posibilidades. En nuestro país, este planteamiento debía darse: era fatal. Tenemos buena materia prima.

Pero carecemos, en cambio, de tradición cultural afirmativa. No vamos, naturalmente, y por otra parte, a desubicarnos, si hemos logrado, por asimilación seria, buen caudal de conocimientos y un largo, excelente, repertorio de resultados plásticos con validez destacable. Esto debiera llevarnos, si la lógica interviniese

en los procesos existenciales, a un tipo de creación, absolutamente libre de ataduras al pasado; no tendríamos que padecer el regusto estilístico que conduce, generalmente, a lo imitativo. Pero la circunstancia feliz no da consecuencias condignas; y en la forma, como en la ornamentación, se aplican principios generales de corrientes pictóricas o se pesquiza el remedio.

De todos modos, el hecho más auspicioso es esta vuelta natural del objeto cerámico al habitat, a la vida corriente, es la integración en el ajuar doméstico, fuera de vitrinas, sin ostentación de muestrario recolector.

Tal razón de ser en la inmediatez o su más alto y maravilloso destino en el ritual religioso o funerario, justificó su existencia siempre. Y he aquí que la cerámica, precisamente, es uno de los más valiosos documentos de cuantos sirven al arqueólogo cuando trata de datar hallazgos del pasado o relacionar y tipificar culturas. Consta, por otra parte, que el bien hacer, que la facundia técnica, que la invención y los logros llegaron muy rápidamente a la máxima virtud. Y que no sólo se realizaron, en milenios atrás, piezas de barro cocido de tamaños insólitos, sino que, asimismo, la calidad material fue dominada con seriedad casi ostentosa. Basta observar algunas vasijas del país de Jatti, en la Anatolia, la prodigiosa meseta de las Amazonas legendarias y de los hititas más reales, o los productos de la zona elamita, al Sur de la Persia actual, para que todo prurito de superioridad al que nos sentimos incitados se deteriore fácilmente.

Y es más: varias civilizaciones de características bien definidas, sin historia conocida y fechable, emplazadas temporalmente en ese amplio capítulo que antecede a lo histórico se nomina por su cerámica.

Esperemos que, de alguna manera, no ocurra en algún futuro incierto, el descubrimiento de las ruinas de nuestro tiempo y que la técnica arqueológica quiera seguir utilizando los mismos procedimientos y similares testimonios; buen problema saldría de esta confusión de estilos y técnicas.

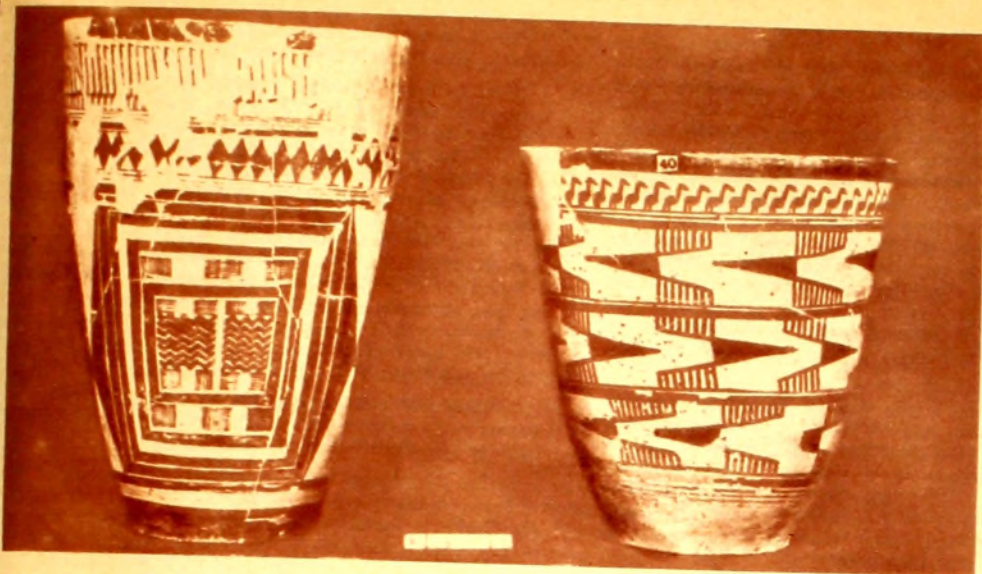
Por fin, bien vale recordar que, al buscar antecedentes, al pesquisar fuentes de orientación y directivas valiosas, más vale olvidar lo que se está haciendo por otras partes y responder a versiones que nos son ajenas, cuyas coordenadas vitales no compartimos, que olvidemos más todavía, lo inevitablemente antiguo, que es el legado del siglo XIX: en la protohistoria, en lo aborigen y en las primeras comunidades orientales o mediterráneas, hay una fuente riquísima de inspiración. Fuente fresca, compartible; que extrañamente se vincula con ciertos aspectos del hacer americano. No cabe, en la mayor parte de los casos, el mantenimiento de uso; pero bien vale recuperar el dominio de la ornamentación: esas formas que se nutren de símbolos, que afirman lo real para definir el símbolo y adecúan la forma a bien acusar las superficies que amorosamente, sin violencia, cubren.

Unos pocos ejemplos valen: aquellos que dividen el exterior en registros o alternan partes. Los ritmos son dinámicos y contrapuestos; los acentos se manifiestan sin exceso; el equilibrio y la integridad de los totales conseguidos son dignos de revisarse para mejor destino del futuro ornamental en el género. Había sentido creativo; había buena línea tradicional; había razón mágica; fe, y no se cuidaban de la bonitez. La estética es un invento posterior. Volvamos atrás, para seguir el buen camino.

F. García Esteban
(Especial para EL DIA)

Decoración Cerámica

Vasos del primer
estrato de Susa.



El famoso jarrón de Susa, del IV Milenio
A.C. Ejemplo de síntesis de formas animales
desarrolladas en resgastros y con
sentido dinámico compensado, con fuerte acento mágico.



Cuenco y plato en
cerámica pintada de
Arpachiyash, fines del
V Milenio A.C.



Cerámica
pintada
de Tepe-Siyalk;
IV Milenio
A.C.

Cerámica pintada
de Kanesch
(Kultepe); obras
de cultura
ore-hitita.



NUESTRO pueblo no olvida a quienes señalan derroteros. Por ley Nº 13.386 de fecha 16 de noviembre de 1965, confirmada en Mensaje al Ministerio de Instrucción Pública el 19 de diciembre de 1966, fue designada con el nombre del pedagogo, antropólogo y meteorólogo José H. Figueira, la Escuela Pública Nº 32 de 1er. Grado de la ciudad de Rocha.

El recuerdo de este infatigable trabajador por todo lo vinculado a la educación popular, en cuyos textos de lectura durante varios decenios muchas generaciones de uruguayos aprendieron a leer, es casi un reencuentro familiar.

Figueira no fue en Rocha un viajero en tránsito. Su organización espiritual, que no conoció el sosiego, no sólo se vinculó estrechamente en el lapso de casi cinco años en que desempeñó allí el cargo de Inspector de Escuelas (1884-1889), sino también antes de ese periodo y después de él.

Desde temprana edad había manifestado profunda inclinación por los estudios experimentales. Las Ciencias Naturales, principalmente la Antropología y la Sociología (que estudiara tiempo después, entre 1889-1891, en París y Berlín) cautivaron muy pronto su espíritu observador. Montó así un gabinete particular y laboratorio de Física y Química. Para sus estudios botánicos, zoológicos, geológicos, mineralógicos y geográficos, encargó a Europa microscopios e instrumentos y materiales de observación en general, e inició una biblioteca especializada con 2.000 libros que llegó a constituir una colección excepcional de 35.000 volúmenes, hoy conservada y acrecentada por su hijo Gastón.

A los catorce años poseía ya conocimientos de seis idiomas: inglés, italiano, alemán y francés, además del español y portugués. Como estudiante libre siguió los cursos de los tres primeros años de Medicina, y musicales, en privado, bajo la dirección del Prof. Antonio Camps.

Al armonizar de esta suerte el aprendizaje teórico y práctico, logró un vasto caudal de conocimientos que, en gran parte, con el correr del tiempo, definieron su vocación.

Hacia 1874 comenzó a realizar intensivas excursiones de campo por muchas regiones del interior, tanto que dos años después ya había recorrido la mayor parte del Uruguay, estudiando a fondo su formación geológica.

En tiempos en que revoluciones y luchas civiles ensangrentaban el país, realizó en noviembre de 1879 un viaje a los departamentos de Maldonado y Rocha, completamente solo y a caballo, con maletas e instrumentos, ataviado con traje de campesino y orientándose con un mapa y una brújula. Dos meses duró su fructífera excursión, en cuyo lapso logró reunir interesantes materiales arqueológicos, sobre todo objetos de piedra, de alfarería y aún de hueso y concha en su mayor parte del importante paradero existente en el llamado Rincón de Balizas, cercano al pueblo de Castillos.

Fue en esa excursión cuando encontró el excepcional bosque natural de ombúes que margina la costa Sur de la Laguna de Castillos, inspirándole su página enciclopédica recogida en el Boletín Oficial de Enseñanza Primaria (1898), que fundó y dirigió durante más de una década, y en otras publicaciones, en la que, basado en ese hallazgo singular, opina que el ombú es originario de nuestro territorio.

Años después, en enero de 1885, Figueira descubrió en la región del río San Luis, los primeros montículos tumulares arqueológicos del territorio uruguayo. De estas investigaciones y excavaciones realizadas en territorio rochense surgió gran parte de su libro "Los primitivos habitantes del Uruguay", constantemente mencionado por los estudiosos de nuestro pasado indígena.

En informe elevado al Museo de La Plata en 1888, Figueira afirma que el paradero de Balizas es el más importante del Dpto. de Rocha. Fue ese paradero o campamento indígena el que más materiales le proporcionó para sus estudios y para la colección aborigen de más de 4.000 piezas que representan al Uruguay en el Museo de La Plata, colección a la que se han referido elogiosamente en publicaciones de dicho museo

argentino, autores como Francisco P. Moreno (1888), Robert Lehmann-Nitsche (1912) y más recientemente Alberto Rex González, en 1955.

En el Cabo Polonio, durante uno de sus tancajes viajes en funciones de inspección escolar, en 1885, Figueira halló la primera Piedra Zoomorfa ("ornitolito" o "ave de piedra") con figura de gaviotín. Pocos años antes se habían encontrado en la costa atlántica del Brasil Meridional, fundamentalmente en Santa Catalina, una gran cantidad de piedras pulidas con esmero, representando en especial "aves" y "peces", lo que permitía así indicar relaciones entre las tribus indígenas que poblaron el departamento de Rocha y las que formaron los sambaquis (o montículos de valvas de moluscos) de Santa Catalina. El hallazgo ulterior (1893) del ictiolito de San Luis (o piedra en forma de pescado), vino a reforzar su tesis.

Estas deducciones que fueran reveladas por Figueira y que parecen tan sencillas, tardaron casi medio siglo en ser científicamente reconocidas.

Por decreto gubernamental del 8 de agosto de 1891 fue nombrado para integrar la Comisión Nacional encargada de organizar la participación del Uruguay en la Exposición Histórico-Americana de Madrid, efectuada al año siguiente con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América. Como el material arqueológico y, especialmente antropológico, de nuestras colecciones era relativamente escaso, puso en conocimiento de sus colegas sus anteriores observaciones en los yacimientos del país, especialmente en los túmulos de Rocha. Fue así que en posterior excursión, el Prof. José Arechavaleta, acompañado de su hermano, Juan H. Figueira, luego de recorrer e investigar diversos paraderos de la costa oceánica de los departamentos del Este uruguayo, enriquecieron las colecciones del Museo Nacional con numerosos esqueletos y más de 500 objetos de antigua industria india.

Durante su permanencia en el cargo de Inspector de Instrucción Primaria en Rocha, demostró Figueira una actividad incansable, recorriendo en su cabello tor-



Frente de la escuela rochense Nº 32 de 1er. grado "José H. Figueira".

José Henriques

lillo y llevando otros de "refresco", leguas y más leguas por esteros y terrenos desiguales, visitando de esta suerte olvidadas escuelas rurales ubicadas frente a ríos o arroyos o encaramadas en escabrosas y solitarias cuchillas, ya en Chafalote como en Balizas, en San Vicente como en India Muerta, en Lascano como en San Luis, en Gervasio (la ex Colonia Santa Teresa) y Chuy como en la Sierra de los Rocha. Esas visitas y sus respectivos informes a la Dirección General de Instrucción Pública, junto a su espíritu de iniciativa, llamaron la atención de los miembros de aquella corporación, que al crearse en 1889 el cargo de Inspector Técnico lo eligieron por unanimidad para desempeñarlo.

Otra lucha científica inició Figueira en Rocha: la fundación, creación, instalación, mantenimiento y, sobreentendiéndose, dirección de una Estación Meteorológica con instrumentos precisos, realizando y registrando durante años interesantes experiencias climatológicas y meteorológicas, con observaciones y datos regulares, que merecieron la atención de autoridades científicas como el investigador belga Louis Cruls y el sabio francés Camille Flammarion. El primero de ellos, en la época, Director del Observatorio Astronómico de Río de Janeiro y Jefe de la Comisión Oficial Exploradora del Planalto Central del Brasil (viaje éste que se realizó con la finalidad de hallar un lugar propicio para el traslado de la capital del imperio, y que desde aquellos lejanos tiempos fuese ubicado ya, precisamente, donde ahora se levanta Brasilia), transcribió en 1888, con largo elogio, en el Dictionnaire Climatologique Universel, un resumen de las observaciones meteorológicas efectuadas por Figueira en Rocha. Flammarion, a su vez, le nombraría, tiempo después, Miembro Titular de la Société Astronomique de France.

Con la minuciosidad del caso calculó la latitud y longitud de la capital rochense y de otros puntos del departamento, así como su altura sobre el nivel del mar. Anunció el eclipse solar visible que se produjo el 22 de febrero de 1887 a las 5h. 48m. p.m. y determinó, cerca de la costa de Castillos Grandes, las fluctuaciones en el nivel del Océano Atlántico, anotando la den-

sidad de sus aguas, sus crecientes, coloración, agitación, etc.

Son además conocidos sus Boletines Meteorológicos y los informes con los resultados obtenidos, datos, observaciones propias y referencias bibliográficas que publicó periódicamente desde 1886, y los que al año siguiente desencadenaron una polémica con los Directores del Observatorio Meteorológico del Colegio Pío de la entonces Villa Colón, seguida desde el periódico "La Patria", de Rocha, y que fuera luego comentada y/o reproducida por diarios montevidianos.

En su Estación Meteorológica, Figueira había adoptado instrumentos y aparatos de registro automático de gran precisión, debidamente comparados, comprobados y certificados con instrumentos tipos de los principales Observatorios Meteorológicos del mundo, tales como el de Kew, Montsouris, Moncalieri, "Meteorological Office" de Londres y el no menos importante del "Bureau Central Méteorologique de France". Las correcciones debidas a escalas fueron efectuadas, pues, en todas sus observaciones.

En 1889 dio a conocer resúmenes estacionales de sus observaciones meteorológicas regulares realizadas en Rocha en el Boletín Estadístico de la ciudad y departamento de Montevideo, dirigido por el Dr. Florentino Felippone. Posteriormente colaboró con la Sociedad Meteorológica Uruguaya, y como en sus publicaciones había realizado una activa campaña periodística a fin de establecer un Observatorio Central Nacional organizó con tal fin, en unión del Sr. Lanza, una serie de estaciones meteorológicas en varios departamentos del país.

El 5 de junio de 1888, día en que por extraña coincidencia registró la temperatura mínima absoluta que observara en Rocha ($-2^{\circ},6$), tuvo lugar en nuestro país un terremoto, hecho extraño y fuera de lo común en nuestro suelo.

En los diarios rochenses "La Patria" y "El Nacionalista" se publicaron estas observaciones de Figueira: "El temblor empezó aproximadamente a las 12h. y 20', tiempo de Castillos; y, por lo tanto, a las 12h. 10' t.m. de Montevideo. Casi al mismo tiempo se oyó un ruido

especial que acompañó al temblor hasta su fin. La sacudida fue única y de densidad sensible ($N^{\circ} 4$ de la escala Rossi). Su duración puede calcularse en 20 segundos. La vibración sísmica fue de forma sucesoria. No pude constatar con exactitud su dirección, que me pareció ser del Este, más o menos. La noche era completamente despejada; el viento en calma y el aire sumamente frío. En mi estación de Rocha se tomaron los datos siguientes: Presión barométrica media de la noche a $0^{\circ} 769,85$; temperatura media, $1^{\circ},5$; temperatura mínima $-2^{\circ},6$; humedad media, 88; tensión del vapor media, 5.1; dirección del viento, N.N.W.; velocidad media, 1.083 kms.; nebulosidad, 0; ozono, 5,0; helada notable. Estación Meteorológica, Rocha, junio 8 de 1888".

Aun cuando la prensa uruguaya de la época se ocupó de este fenómeno terrestre, quizá nadie haya aportado, acerca del mismo, tanta información científica como la que en parte acabamos de transcribir.

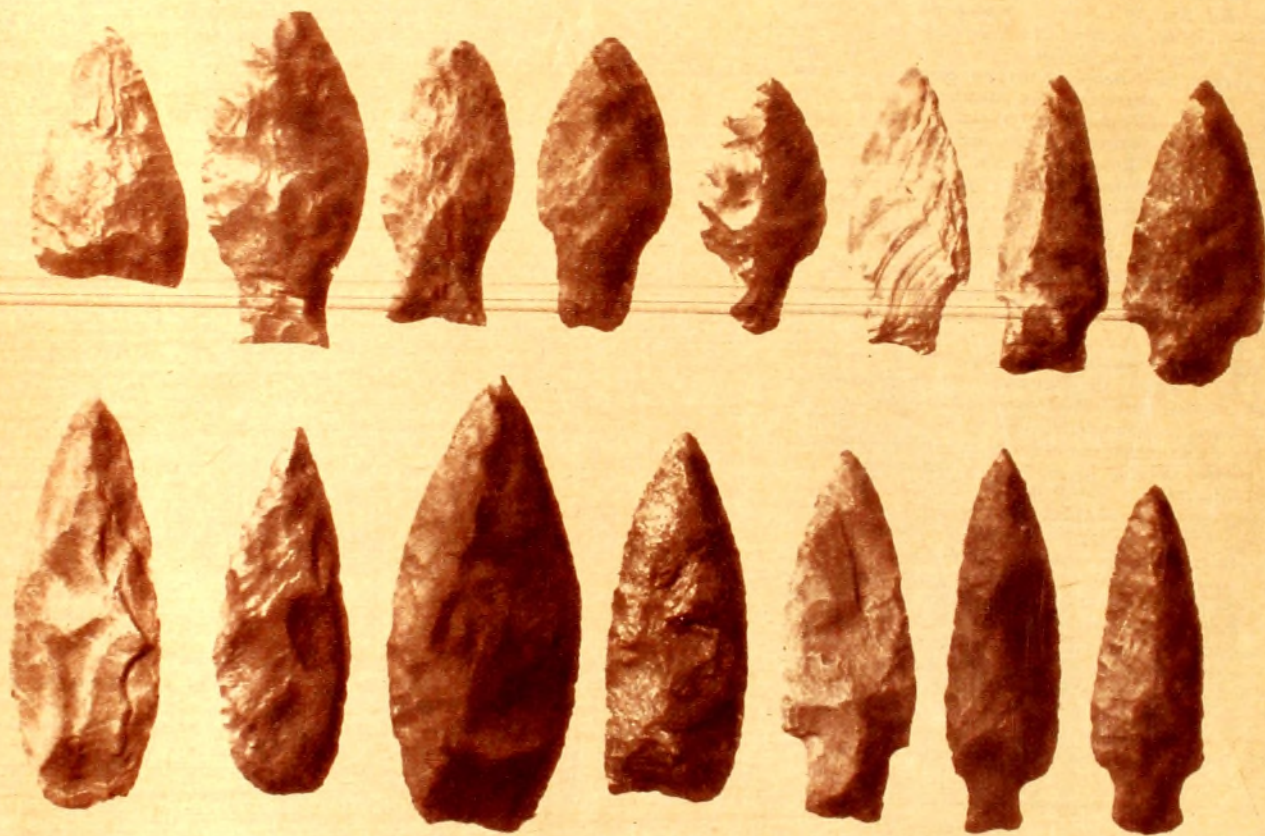
En los últimos meses del año 1888 Figueira publicó en Rocha la revista pedagógica ilustrada "La Escuela Primaria". Asimismo, hacia esta misma época donó varias obras de pedagogía y ciencias afines, así como también diversos libros para establecer en las Oficinas de Instrucción Primaria de Rocha, por su iniciativa, una Biblioteca Pedagógica para uso de los maestros y de los aspirantes al magisterio de primera enseñanza.

Realizó, en fin, diversos mapas del departamento de Rocha, con un detallismo y exactitud, que fueron juzgados por el Prof. Elzear S. Giuffra (medio siglo después de su trazado), como los más exactos entre cuantos existían hasta el momento en dicha región.

La crónica de la vida e ideario de José Henriques Figueira ha andado mucho en libros, revistas y hojas sueltas. Su nombre, al frente de una escuela de Rocha proclama que, como en los ríos, se remansó allí para marchar. El hogar del recuerdo tiene categoría de testigo, herramienta y mensaje.

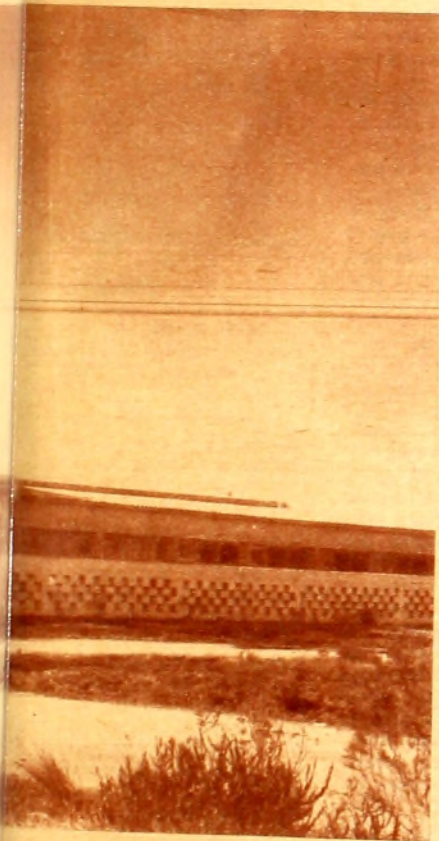
Aníbal Barrios Pintos

(Especial para EL DIA)



Puntas de dardos y lanzas, de distintas formas y materiales, con pedúnculo y sin él. Todas ellas, provienen del paradero de Balizas, e integraron la colección de José H. Figueira quien las recogió personalmente en dicho yacimiento. Destacamos, para que el lector tome conocimiento de sus dimensiones que el primer ejemplar de la segunda fila mide 96 mm de largo.

Figueira y su Vinculación



PSALMO A VENUS CAVALIERI

Y OTRAS PROSAS

ROBERTO DE LAS CARRERAS

PROLOGO: ANGEL RAMA

BOLSILIBROS ARCA



● **PSALMO A VENUS CAVALIERI** y otras prosas. Por Roberto de las Carreras. Bolsilibros Arca. Montevideo, 1967. 140 págs. Prólogo de Angel Rama. El llamativo y escandaloso dandy del 900 resulta en nuestra literatura, una novedad que no pierde vigencia, más que por su obra irregular en la que asoman empero destellos originales, por el exhibicionismo de su vida privada y su conducta pública. Por eso, la reedición de sus páginas más famosas, agotada hace años la edición de "Epístolas, Salmos y Poemas" que lanzó don Claudio García, pone otra vez en circulación y actualidad a Roberto de las Carreras, como si su destino melancólico sonriera irónicamente ante estas resurrecciones. "Sueño de Oriente", "Amor libre", "Interview" con Roberto de las Carreras, "Oración pagana" y "Salmo a Venus Cavalieri" son las piezas escogidas para la reedición, y en verdad, las que mejor representan lo más característico de una modalidad vital y literaria que fue exclusividad suya. Acerca del movido prólogo de Angel Rama, que crea la expectativa y el interés que el personaje merece, diremos que traza animadamente los perfiles más notables de su biografiado, y que es evidente la preocupación que ha tenido el autor por inferiorizarse en pormenores biográficos y detalles anecdóticos, al mismo tiempo que recrea, como fondo, toda una época.

en verdad apasionante de la literatura nacional. No obstante, hemos de hacer algunas puntualizaciones, que en cierto modo complementan o rectifican sus datos sobre los antecedentes de familia del escritor que tanto le atrae. Refiriéndose a la madre de Roberto de las Carreras, doña Clara García de Zúñiga, y a sucesos a ella vinculados que conmovieron a personalidades de ambos márgenes del Plata, señala Rama que "conmovió desde Monseñor Mariano Soler hasta el general Bartolomé Mitre", etc... hasta otro presidente, Manuel Herrera y Obes, que actuó como abogado de la familia". El Dr. Manuel Herrera y Obes, candidato a la presidencia, no llegó a ser electo; pero sí fue abogado de doña Rosalía de Elía de Alzaga de García de Zúñiga, madre de doña Clara; la confusión radica en que el Dr. Manuel Quintana, que fue presidente de la República Argentina, actuó en algún momento como abogado del Dr. José M^a Zuviria, esposo de esta última. Finalmente, acerca de doña Clara, escribe Rama: "Terminará sus días en la estancia de Farrapos de uno de sus yernos; sus nietos la evocan como una figura patricia, dulce y alectuosa, que gustaba tocar al piano el repertorio de la operística italiana y bordar incabables pájaros y flores en largos cañamazos que iba enrollando". Esto último es cierto; el bordado y el piano fueron ocupación predilecta de sus manos aristocráticas; conservamos los álbumes de las partituras que solía tocar. No así lo primero; aclaremos que doña Clara jamás conoció los valiosos campos de Farrapos, que comprendían 18.000 hectáreas sobre el río Uruguay, y que no eran de ningún yerno, puesto que los había recibido en herencia al morir don Mateo García de Zúñiga. No vivió, pues, ni murió allí, ni en suelo oriental. Se había ido a vivir con su hija Rosa Sara, a su "Cabaña" de Paysandú, donde permaneció de 1889 a 1896; sintiéndose aquejada de una dolencia gástrica, siempre acompañada por su hija Rosa, pasó a atenderse a un famoso sanatorio de la ciudad de Buenos Aires, donde falleció luego de una intervención quirúrgica, en el mismo año de 1896 y con sólo cincuenta y un años de edad. Sus restos estuvieron por algunos años en la bóveda de la Recoleta de sus familiares, los Elía de la Cárcova, y posteriormente don Nicanor de Elía los entregó a su hija Rosa, ya casada con un caballero de la colectividad inglesa, don Arthur John Vernon Russell, dándoseles traslado a la bóveda de esta familia, donde en fastuoso ataúd de ébano con manijas de plata, descansan actualmente. Hacemos estas precisiones con respecto a la madre de Roberto de las Carreras, —y bisabuela nuestra—, para completar el acopio de datos que Rama ofrece en su estudio, ágil, vibrante, de tanto interés como su mismo personaje.

D. I. R.

El Mundo en el Libro • por WRIOTHESLEY

José Monegal CUENTOS ESCOGIDOS



Selección y prólogo de Washington Benavides

● **CUENTOS ESCOGIDOS.** De José Monegal. Ed. de la Banda Oriental, Montevideo, 1967. 179 págs. Selección y prólogo de Washington Benavides.

La profunda simpatía con que está escrito el prólogo de esta antología se contagia de inmediato al lector y lo convence de la honestidad con que está enfocado y sentido el autor. Los cuentos de Monegal, inconfundibles, que llevan el sello personalísimo de un hombre que ha creado un mundo propio dentro de la temática criolla, salvando al gaucho como símbolo y como tipo humano, definen un estilo lleno de vida, de humor, de sonrisa cazarra, de matices emotivos, de la rudeza a la delicadeza, y tienen, como bien lo capta Benavides, "esa onda de cordialidad que atraviesa sus páginas como un viento". No deja de ser halagüeño que la escogencia haya sido hecha entre los casi doscientos cuentos publicados por José Monegal en el Suplemento de EL DIA entre 1951 a la fecha, como no deja de hacerlo constar Benavides, y es doblemente satisfactorio que la proyección pública de su nombre tenga en estas páginas tan firme sustento. Que, por otra parte, una obra como la suya también es honra para las mismas. Monegal, un clásico ya dentro de ese género tan suyo, tiene, a través de estos "Cuentos escogidos", oportunidad de que sus admiradores hallen reunidas las páginas predilectas en un volumen rico y jugoso, de valores permanentes.

CONTEMPORANEOS

YO ESTOY SOLO EN LA TARDE

Yo estoy solo en la tarde. Miro lejos, desesperadamente lejos. Quedan por el aire las últimas palabras de los enamorados que se alejan.

Las nubes saben dónde van, mi sombra, nunca sabrá dónde el amor la lleva. ¿Oyes pasar las nubes, dime, oyes resbalar por el césped mi tristeza?

Nadie sabe que amo. Nadie sabe que si llegó el amor trajo su pena. Yo estoy solo en la tarde y miro lejos. No sé de dónde vienes a mis venas.

Te me vas de las manos, no del alma. Nos separan montañas, vientos, fechas. El amor, cuando menos lo pensamos, se nos viste de ausencia.

Estoy en soledad. Miro a lo lejos oscurecer la tarde y mi tristeza. Estoy pensando en ti y estoy pensando que acaso en soledad también me piensas.

Rafael MONTESINOS (España)

● **VALORES PERMANENTES DE ARIEL.** Por Celia Reyes de Viana. Ed. Mosca Hnos. 47 páginas.

Este ensayo mereció el primer premio en el certamen organizado por el Consejo de Enseñanza Secundaria entre los profesores de la República, con motivo del cincuentenario de "Ariel". El punto de partida es original, pues entoca a Rodó en sus proyecciones educadoras, lo cual supone un Rodó vivo, no imagen rígida y solemne oficializada por homenajes póstumos, sino inagotable en sus renovos espirituales. El permanente legado del mensaje arielico para la juventud, es tema central del enjundioso trabajo de quien no puede olvidar, ante todo, su propia vocación docente. El análisis de conceptos fundamentales del célebre libro de Rodó, demuestra una selección de ideas definidas, en el autor, sobre los alcances de la educación como factor insuperable para que los jóvenes se realicen moral e intelectualmente en plenitud humana. Y si nuestros grandes escritores han dado libros que ningún joven debiera dejar de leer, en cada generación, como la "Moral para intelectuales", de Vaz Ferreira, y el célebre "Ariel" rodoniano, creemos que también les conviene conocer el medular ensayo de la Prof. Reyes de Viana.



● **HAY ARBOLES EN MIS OJOS.** — Por Arturo Soferman. Ed. Juventud, Montevideo, 1967. 29 páginas.

Integran este breve poemario, veinte poemas, espiados a lo largo de distintas épocas, como se señala en la solapa, sin lo cual podríamos pensar que pertenecen a un mismo momento de creación, pues no hay hiatos que señalen la transición cronológica. Predomina el acento confidencial, la evocación de lo vivido, pero lo emotivo se equilibra con lo conceptual. Tal vez por eso lo puramente poético se resiente de cierta sequedad que frena el vuelo lírico.



RECIBIMOS:

LA TRISTE VARIEDAD — por Nicholas Blake, y **LOS RASTROS DE BRILLHART** — por Herbert Brean. Col. Séptimo Circulo, Ed. Emecé, Bs. As., 1967.

Taiza

Por EDGAR RICE BURROUGHS

LA BELLA EMPLEADA DEL BANCO FUE ATRAIDA POR LA OPORTUNIDAD...

SI LLEGUE HASTA AQUI... ¿POR QUE NO ENTRAR?

FARAKS

¿PUEDO ENTRAR?

¡POR SUPUESTO, GALINDA! ESPERO QUE HAYAS SIDO ATRAIDA POR MI SE-
DUCCION...

¡USTED FARAK, ME HABLO DE DINERO!

¡OH, SÍ! COMO EMPLEADA DE BANCO VES Y TOCAS MUCHO DINERO... QUE ES DE OTROS.

12-11 1866

MI BAILARINA ESTÁ MARCHITÁNDOSE.

¿CUD. QUIERE QUE BAILE?

¡NO! PUEDO ESTAR NECESITADA, PERO NO LO HARE.

LAS MESAS ESTÁN DESO-
CUPADAS MAS UNA CHICA LINDA, COMO TU...

TM. Reg. U. S. Pat. Off. All rights reserved.
©1966 by United Feature Syndicate, Inc.

¡ANTES, ROBARIA!

¡AH! ¡UN MOMENTO! BUENA IDEA!

LOS DOS QUEREMOS DI-
NERO... Y USTED ESTA EN EL MISMO DEPOSITO.

¿QUÉ?

¡MIRA POR AQUI! VERAS COMO PUEDES GANAR UN POCO MAS DINERO.

¡AH! ESTE ES EL NEGOCIO DEL SR. FARAK... ¿QUE PRETENDERA DE MI?

TENDRIA QUE SER ALGO MAS DE UN POCO.

JOHN ELARDO

En su barrio, para su comodidad, una agencia de avisos económicos de

EL DIA

• CIUDAD VIEJA, 25 de Mayo 619 • CENTRO, Elio Branco 1212; 18 de Julio y Yaguajón • CORDON, Av. 18 de Julio 2022; 8 de Octubre 2676 • PUNTA CARRETAS, Brillo del Pino 810 eq. 21 de Septiembre • PARQUE RODO, Constan-
tine 2007 (Ag. Petraglia) • POCITOS, Juan Benito Blanco 914 • TRES
ESQUINAS, Comercio 1821 • MALVIN, Orinoco 8048 y Michigan • UNION
GORDA, Avda. Gral. Paz 1431 • CARRASCO, A. Schroeder 6465 • UNION
Av. 8 de Octubre eq. Abreu (Kiosco Unión); Av. 8 de Octubre eq. Pirineas (Kiosco

Maroñas • LA COMERCIAL, Av. Garibaldi 2589 • GOES, Av. Gral. Flores 2942
CERRITO, San Martín 3491 • ITUZAINGO, Av. Gral. Flores 4996 • PIEDRAS
BLANCAS, Cuch. Grande y T. Rinaldi • ARROYO SECO, Av. Agreçada 2612 bis •
CAPURRO, Uruguayana 3513 • PASO MOLINO, Avda. Agreçada 4109 • AGUA-
DA, Sierra 1906 (Agencia Progreso) • PRADO, Cno. Castro 828 e Millán • RE-
DUCTO, Guadalupe 1490 • RIVERA, Avda. Rivera 2621 • VILLA DOLORES, Fran-
cisco J. Muñoz 3412 bis • CERRO, Avda. Carlos M. Ramirez 1686 eq. Grecia •

EN EL INTERIOR — CANELONES, Treinta y Tres esquina Rodó, Plaza 18 de Julio
(Kiosco Inalid) • SANTA LUCIA, Bazar "El Trébol" Rivera 488 bis • LA PAZ, Avenida
Belle y Ordoñez 215 (Bazar Jorgito) • LAS PIEDRAS, Avenida Artigas y Lavalleja
(Kiosco Luisito, Plaza); Estación Ferrocarril (Kiosco Luisito) • PANDO, General Ar-
tigas 895 • SAN • • • • •
• AGENCIAS NC
• PARQUE DEL PLATA, Cal-
• AYSAUNDU, SAIRO, RIVERO



Reclame en
nuestras
5 casas
el plano
ilustrado
para el
turista.

turista!

hace playa?
hace sol?
¡haga **Soler!**
porque...

Soler
tiene!

Soler
conviene!

La cadena de tiendas más importante del Uruguay
AGUADA • CENTRO • CORDON • UNION • LAS PIEDRAS